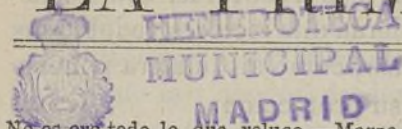


LA PRIMERA EDAD.



SUMARIO.

No es oro todo lo que reluce.—Marzo.—Costumbres chinas, fiesta de la agricultura.—Los dos hermanos.—La imagen de la vida.—Herencia de honor.—Los relojes.—La zarza ardiendo.—La corte de la muerte.—El gato.—El último pensamiento.—Cuentos de [Schmid.

NO ES ORO

TODO LO QUE RELUCE.

En el primer piso de un precioso palacio de la Fuente Castellana vivia la familia de Leon, su hijo Octavio, que tendria unos ocho años, y un encantador perro danés, al que le habian puesto el poético nombre de Romeo.

Octavio y Romeo eran inseparables, y formaban una magnífica pareja.

La naturaleza les habia hecho el uno para el otro.

Octavio tenia la blanca y rosada tez de una niña, los ojos grandes y azules, los cabellos de color de oro, y por último, una gracia y una desenvoltura deliciosa.

Romeo, por su parte, poseia todas las cualidades que distinguen á su raza. Sus contornos eran finos y elegantes, y su bonita cabeza

terminaba en un bello hocico de nariz sonrosada.

Su piel, blanca, manchada de negro, brillaba como la seda, y el collar de oro y terciopelo que lucía, le sentaba admirablemente sobre su finísima piel.

Cuando hacia buen tiempo, se asomaban al balcón el niño y el perro, y los que pasaban por delante de la casa exclamaban:

«¡Qué niño tan bonito, y qué perro tan hermoso!»

Si Romeo era insensible á estos elogios, no le pasaba lo mismo á su amo, cuya vanidad era igual á su belleza, porque no daba el más pequeño paseo sin llevar á Romeo sujeto con una cinta color de rosa, cinta que jamas abandonaba á ningún criado.

En su perro cifraba todo su orgullo.

Sin embargo, si Romeo se hubiera quedado tuerto ó cojo, hubiera perdido el cariño de su amo, porque Octavio no queria más que

Marzo, 1874.—Núm. 2.

lo que era hermoso y deslumbrador; en fin, todo lo que pudiera halagar su vanidad.

Un día se paseaba el padre de Octavio por la Castellana, cuando un enorme perro se puso á seguirle.

Al principio no se apercibió, pero como el animal quería ser notado, se colocó tan cerca, que al fin lo vió el padre de Octavio, que hizo un movimiento de extrañeza al verlo, pues su aspecto no era muy tranquilizador. Figúrense mis lectores un enorme perro de los que llevan los pastores para guardar el ganado, de pelo negro y enredado y la cabeza y el cuerpo llenos de una docena de heridas.

El segundo impulso del señor de Leon fué apartarlo con el baston, pero el animal le miró de un modo tan suplicante que tenía algo de humano.

El baston quedó inmóvil y el perro se aproximó entónces sin dejar de mirarle, y empezó á lamerle las manos.

Entónces el Sr. de Leon se puso á acariciarle al mismo tiempo que decía:

«Vamos, veo que eres un buen perro; pero, ¿quién te ha puesto así?»

El pobre animal, que no podía

referir sus aventuras, como comprenderán mis lectores, redobló sus cañcias, como si quisiera ponerse bajo su proteccion.

—Te comprendo, pero tú debes tener un amo.

El perro, como si entendiera lo que le decian, lanzó un grito lastimero y se aproximó más al padre de Octavio.

—Bueno, dijo éste, siempre será tiempo de entregarte á tu legítimo propietario si te reclama. Despues de murmurar estas palabras le lavó las heridas con agua fresca.

Las heridas no eran graves.

Luégo secó al perro con su pañuelo y se dirigió á su casa.

Algunos minutos despues entraba en ella con el formidable animal, al que habia puesto por el camino el nombre de Júpiter. Este nombre convenia perfectamente á las dimensiones del perro, y éste, cosa rara, respondió á este nombre desde la primera vez; parecia que siempre le habian llamado del mismo modo.

La llegada de Júpiter causó cierta impresion en Octavio y el brillante Romeo. Ambos se indignaron con la presencia del nuevo huésped.

—¡Oh, papá, qué animal tan feo! dijo al fin Octavio.

—Todo lo contrario; es muy hermoso.

—¡Hermoso! exclamó Octavio volviendo la vista con desden.

—Mira qué fuerte es y qué inteligente. Parece un león.

—¡Yo le encuentro bien feo, con su enorme cabeza, sus largos pelos negros desordenados y sus grandes patas!

—Quizás algún día apreciarás lo que es, y te convencerás de que vale tanto como Romeo.

—¿Ese horroroso animal valer lo que Romeo?

—Y mucho más, mi querido Octavio.

—¿Más que Romeo, que no se le puede ver sin admirarle?

—Ya sabes, hijo mío, que *no es oro todo lo que reluce*. No olvides esto; no debes ignorar que no es suficiente ser hermoso, sino que es menester ser también útil para alguna cosa.

—Pero, papá, Romeo es muy bueno.

—¿Le encuentras útil en algo?

—Me es muy útil en mis paseos y en mis juegos.

—¿Nada más?

—Además, me quiere mucho.

—Cuando le das azúcar. Puedes estar seguro que lo mismo haría con cualquiera.

—Estoy seguro que me prefiere á todos.

—Los perros que son inteligentes son capaces de dejarse matar por su dueño; pero á tu pobre Romeo no es inteligencia lo que le sobra.

—Así te parece, papá, pero Romeo sabe dar la pata.

—Añade que come y bebe solo, y habrás enumerado todas las cualidades que posee.

—Al fin es un perro.

—Júpiter es también un perro, y ya verás la diferencia que hay entre los dos.

—¿Y se va á quedar aquí? preguntó Octavio con cierto temor.

—Ciertamente, en tanto que le llevamos á nuestra posesión de Astúrias, en donde hará un magnífico perro de guarda.

—No digo que no.... También se podría convertir en portero, dijo el niño con cierta ironía. De todos modos, creo que no lo tendríamos en nuestra compañía, y que se alojara en la cuadra.

—No tal, hijo mío, pues quiero que sea nuestro amigo.

—No lo será mío; es demasiado feo.

—¡Siempre la misma tontería!... Por fortuna, espero que te corregirás.

Júpiter, durante esta conversacion, se habia tendido modestamente á la puerta, mirando á Octavio y á Romeo con ojos supli-

que sirvieran á Júpiter una gran cazuela de sopas, la cual fué comida por el animal con el mayor apetito.



Octavio y Romeo.

cantes. El pobre animal comprendia que estaba delante de dos enemigos.

El Sr. de Leon hizo en seguida

¡Se conocia que hacia bastante tiempo que no comia!

Desde aquel dia todo se le volvió á Júpiter acariciar á sus amos

y á los amigos y criados de éstos, con el objeto de hacerse querer.

Los únicos que no querían su amistad eran Romeo y Octavio.

Júpiter tenía una inteligencia superior. Era uno de esos nobles animales que suelen ir con los cie-

siguiendo el ejemplo de su amo, no miraba al excelente Júpiter más que como un perro de baja estofa.

Sin embargo, jamas habia manifestado esta opinion, porque estaba convencido que si no era del



Octavio y Júpiter.

gos y saben jugar al dominó, tocar el tambor, hacer el ejercicio y otra infinidad de habilidades. Pero no hubiera hecho nada de esto sino para mantener á su dueño, pero jamas por diversion.

Romeo no era más que un fátuo, encantado con su belleza, y el cual,

agrado de Júpiter su modo de pensar, éste podia estrangularlo con la mayor facilidad.

Júpiter no se preocupaba por esto, y creyendo que su carácter serio era lo que les desagradaba, se ponía á dar saltos y alegres ladridos

Pero todo era trabajo perdido, pues Octavio cogia á Romeo en sus brazos y se alejaba murmurando:

—¡Qué insoportable es este animal!

Eran los primeros días de la primavera, y Júpiter se solia poner en el balcon para consolarse de sus penas y admirar el espectáculo que se presentaba á sus ojos, de carruajes y paseantes, y á lo léjos los tejados de las casas y los jardines del Retiro. Tan sólo, de cuando en cuando, interrumpia sus reflexiones para lanzar algunos ladridos contra los chicos vagamundos que se pegaban ó contra los carreteros que juraban arreando á las mulas.

Muchas veces llegaba Octavio con Romeo y le echaba de allí murmurando:

—Véte de aquí, que nos estorbas.

El pobre Júpiter se retiraba entónces lleno de ejemplar resignacion.

Se aproximaba el día en que debian salir para el campo.

El Sr. de Leon poseia en Astúrias una casa de campo, adonde se disponia á llevar á su esposa, á su hijo, y á Romeo y Júpiter.

Todo el equipaje estaba arreglado, y los criados esperaban las últimas órdenes.

El padre de Octavio llamó á los dos perros para atarlos con una cadena; Romeo acudió en seguida, pero á Júpiter costó gran trabajo el cogerlo. Sin embargo, mayor fué la empresa de sujetarlo. Júpiter daba grandes saltos, sin permitir que le atáran, hasta que al fin se escapó y se metió en las habitaciones interiores.

Octavio, al ver esto, sonrióse con malicia. Júpiter se resistia abiertamente á cumplir con sus deberes de perro.

—¡Maldito animal! exclamó el Sr. de Leon. ¡Que le busquen pronto, pues sino nos hará perder el tren!

Apénas habia pronunciado estas palabras, cuando apareció Júpiter con la cartera de viaje de su amo en la boca.

La aparicion fué recibida con gritos de admiracion.

¡Oh! mi buen perro, ya se me habia olvidado la cartera y tú me la traes. Tienes mejor memoria que yo, exclamó el padre de Octavio acariciando á Júpiter.

Despues continuó volviéndose hacía Romeo:

¿Cuándo hubieras tú tenido, á pesar de toda tu belleza, una atencion por el estilo con tu amo?

Octavio se sintió humillado en la persona de su favorito.

A los dos dias toda la familia se hallaba instalada en la posesion, y Romeo, como en los años anteriores, ocupo su sitio en las habitaciones y los jardines, mientras que Júpiter fué destinado al cortijo.

Esta separacion de los dos perros causó á Octavio gran alegría: al fin, se veia libre de Júpiter que cada dia le desagradaba más. No le perdonaba que fuera más inteligente que Romeo.

Juan, un mozo de quince años, hijo del arrendador, se hizo íntimo amigo de Júpiter. Desde que lo vió le gustaron su fuerza y su aire inteligente.

El animal por su parte, le pagaba cariño con cariño, y nunca abandonaba á su nuevo amigo. Júpiter se sentaba delante de él, y así esperaba los pedazos de pan que le arrojaba su amigo.

Toda comunicacion habia cesado entre Romeo y Júpiter desde la llegada á la casa de campo.

No se habian visto sino muy rara vez, y siempre Romeo habia vuelto la cabeza á otro lado, para no saludar á su antiguo compañero.

Octavio no se habia vuelto á ocupar de Júpiter, y sólo cuando le veia alguna vez detras de Juan, murmuraba con desden:

— Son el uno para el otro.

Es menester advertir que Juan era un chico robusto y fuerte; pero sin el menor rastro de elegancia. Su fisonomía franca gustaba, sin embargo, desde el primer momento, y un niño más inteligente que Octavio, hubiera encontrado algo bueno y apreciable en el pobre mozo.

Sin embargo, Octavio lo hubiera arrojado del Cortijo, lo mismo que al perro, si él hubiera sido el amo.

Pero por desgracia no debia pasar mucho tiempo sin reconocer la justicia de las observaciones de su padre.

Más libre en el campo que en Madrid, tenía Octavio permiso para pasearse por todas las dependencias de la posesion. Solamente le habia prohibido su padre que traspasara los límites de ella y se internara en un espeso bosque que se encontraba inmediato, ni en los campos que se encontraban próximos.

En los campos no se veia más que los labradores que los cultivaban, gente toda mal vestida, y la cual tenía, por lo tanto, pocas simpatías para Octavio.

Pero el bosque en el que jamas habia penetrado, y el que creia lle-

no de maravillas, tenía grandes atractivos para nuestro niño.

Su padre le había ofrecido enseñárselo, pero aún no le había cumplido su promesa. Octavio, que era

Esperó el momento en que no le veía nadie, y se internó en el bosque con su perro.

El sol pasaba alegremente á través del ramaje de los árboles, y la



Octavio y los dos perros.

un tanto impaciente, resolvió verlo, acompañado solamente de Romeo.

Esto era desobedecer á su padre; pero éste estaba ausente desde por la mañana, y esperaba que no sabría nada de su escapatoria.

tierra despedía mil aromas frescos y perfumados. Octavio se sentía ligero como un cervatillo, y caminaba contento, jugando con Romeo que saltaba á su alrededor.

A veces se detenía para oír el canto de los pájaros ó para ver cor-

rer una liebre que huía rápida como el viento cuando él se aproximaba.

—¡A ella, Romeo! exclamaba alegremente Octavio.

Pero Romeo miraba la liebre con indiferencia y continuaba sus saltos.

calde del próximo pueblo, en la que le decia que habiendo aparecido dos lobos en las cercanías, le suplicaba se reuniera con otros cazadores para darles muerte.

El primer pensamiento del señor de Leon fué advertir á su hijo que no penetrára en el bosque.



Juan.

—¡Perezoso! murmuraba su amo y seguía su camino sin saber por dónde ni á dónde iba, ni pensar cómo volvería á la casa.

Durante este tiempo, el Sr. de Leon había regresado á su casa y había encontrado una carta del al-

Buscaron á Octavio por todas partes, pero no encontraron á Octavio ni á Romeo.

Esto llenó de inquietud al padre de Octavio, y decidió ir enseguida en busca de su hijo.

Cogió su escopeta, é hizo llamar

al arrendador, que era un excelente cazador.

El arrendador estaba ausente, pero Juan se apresuró á reemplazar á su padre, y el Sr. de Leon aceptó gustoso.

El invierno anterior habia matado un lobo que habia penetrado en el cortijo y se hallaba dispuesto á matar otros.

—¿Y cómo mataste al lobo? le preguntó el Sr. de Leon.

—De un hachazo, y estoy dispuesto á matar otro de un tiro. Además, somos dos, sin contar á Júpiter que vale mucho.

—Lo creo, y cuento con él para encontrar la pista de mi hijo.

Júpiter parecia que habia comprendido, pues se puso á pasear con impaciencia por delante de los dos cazadores.

El padre de Octavio se hizo llevar un traje de éste, y dándosele á oler á Júpiter, le dijo:

¡Busca!

El perro se orientó enseguida, dió unas cuantas vueltas por los jardines, y se dirigió finalmente á una puerta que daba al bosque.

La puerta estaba abierta.

—Por aquí ha salido, murmuraron.

—Quiera Dios que no se vea cruelmente castigado por su des-

obediencia, añadió el padre de nuestro niño.

Después que Júpiter hubo encontrado la pista de Octavio, marchó sin detenerse, y solamente de tiempo en tiempo, se paraba para asegurarse de que iba bien.

Los dos cazadores le seguían en silencio, mirando atentamente á su alrededor.

—¡Octavio! ¡Octavio! gritaban á cada instante.

Pero nadie contestaba. Júpiter penetraba más y más en el bosque.

Hacia ya largo tiempo que caminaban así cuando apercibieron un objeto blanco que caminaba hácia ellos con la mayor rapidez.

—¡Ese es Romeo! exclamó el Sr. de Leon. ¿Qué habrá pasado, Dios mío, cuando así abandona á su amo? Y un estremecimiento agitó todo su cuerpo.

Algunos segundos después, pasaba por junto á ellos Romeo, sin querer reconocerlos y sin detenerse ni un instante.

El desgraciado animal se dirigía á la casa lleno de terror.

Por su parte, Júpiter apresuró el paso gruñendo sordamente.

El padre de Octavio se puso pálido y gruesas gotas de sudor corrieron por su frente.

Juan no se atrevía á decir una

palabra, pero tenía casi la certeza de que Octavio había sido atacado por los lobos.

Juan y el padre de Octavio se lanzaron hacia adelante con la escopeta armada.



Júpiter en busca de Octavio.

Júpiter avanzaba cada vez con más velocidad.

De pronto se detuvo y empezó á ladrar con furor.

— ¡Socorro! ¡socorro! se oía gritar.

Era la voz de Octavio.

Un estremecimiento de terror

sintieron los dos, y penetraron precipitadamente entre los árboles, precedidos por Júpiter, el cual sabía el peligro que corría, y avanzaba con prudencia, pero sin cesar de ladrar.

La maleza era tan espesa que

El padre de éste se encontraba en una ansiedad terrible, porque estaba en un sitio en el cual no se veía ninguna salida.

— ¡Por aquí, señor! exclamó Juan, que había encontrado al fin un paso.



apénas se podía avanzar un paso.

En aquel instante se oyeron dos aullidos tan cerca de los cazadores, que éstos se detuvieron.

— ¡Socorro! ¡socorro! gritaba Octavio con voz acongojada.

En el mismo instante se oyó un tiro, seguido de terribles aullidos.

El Sr. de Leon siguió las huellas de Juan, y vió en un pequeño claro del bosque á un lobo y á una

loba, en las últimas convulsiones de la agonía.

El primero habia sido muerto por Juan, y el otro estrangulado por Júpiter, el cual habia hecho lo mismo enseguida con cinco lobatos.

— ¡Octavio! exclamó el padre del niño, que no habia visto aún á su hijo.

— Aquí estoy papá, exclamó éste, que habia tenido tiempo y valor de subirse á un árbol cuando vió los lobos.

— Baja, hijo mio.

— ¿Están bien muertos todos los lobos?

— Sí, no temas que resuciten.

Octavio bajó murmurando.

— He creído morirme de miedo. Y se arrojó en los brazos de su padre.

— ¿Por qué no le ordenaste á Romeo que te defendiera?

Octavio no respondió, pero temblando todavía, fué á abrazarse al cuello de Júpiter, cuya cabeza cubrió de besos.

— ¡Gracias á Dios! mi querido Octavio, eso se llama reparar uno sus faltas; pues mientras tu precioso Romeo te abandonaba, el valiente Júpiter nos conducía hasta aquí, y sin él hubieras sido devorado por los lobos.

Octavio abrió los ojos llenos de lágrimas.

Un instante despues saltó al cuello de Juan, abrazándolo en agradecimiento de haberlo socorrido.

Mientras tanto, Júpiter movía la cola y lanzaba ladridos de alegría.

— ¡Volvamos á la casa! dijo al fin el padre de Octavio.

Juan cargó sobre sus hombros el lobo que habia matado, y cargando la loba y los cinco lobatos sobre el lomo del perro, se dirigieron á la posesion.

— ¿No es verdad que son tal para cual? le dijo el Sr. de Leon á su hijo mostrándole á Juan y á Júpiter.

— ¡Oh! papá, he sido muy injusto; pero no volveré á serlo; desde hoy serán mis amigos.

— ¿Y tu precioso Romeo?

— No es oro todo lo que reluce, padre mio, tú me lo habias dicho y es la verdad. Cuando pienso que Romeo ha pasado por entre mis piernas dejándome caer, y que por poco no puedo refugiarme en el árbol....

La madre de Octavio, al ver venir á Romeo solo habia salido en busca de su hijo.

Romeo se negó á seguirla y se metió debajo de un mueble.

Al fin, llegaron los cazadores, y la pobre madre pudo abrazar á su hijo.

Aquel día concluyó con una

mesa, admiró á todo el mundo por su limpieza y gravedad.

Romeo fué relegado á la cuadra, en donde no servía ni para espan-



Honores del vencedor.

verdadera fiesta; Juan y Júpiter tuvieron un sitio en la mesa y no se habló más que de ellos.

Aunque Júpiter comía sin servilleta y ponía las patas sobre la

tar las ratas, y Octavio tuvo que convenir en que el hermoso Romeo era un animal inútil, mientras que Júpiter era el rey de los perros.

MARZO.

El calendario atribuido á Rómullo hacía empezar la cuenta del año en este mes. Setiembre era el séptimo, Octubre el octavo, Noviembre el noveno y Diciembre el décimo. Como la tierra gira alrededor del sol en un año ó 365 días y algunas horas, semejante año de diez meses no coincidía con la revolución de la tierra alrededor del sol. Numa emprendió la reforma del calendario, dando al año doce meses y haciéndole corresponder á las doce lunas, pero pronto se pudo observar una nueva irregularidad. El año lunar no coincide con el solar. Este es de 365 días, 5 horas y 49 minutos, y 12 lunas no constituyen más que 354 días. Julio César corrigió el año de Numa, añadiendo 11 días y 6 horas al año lunar, de modo, que el año juliano se compuso de 365 días y 3 horas. Estas, cada cuatro años forman un día, que fué intercalado en el mes de Febrero. Estos años, de un día más, son los que no dejan resto cuando se les divide por cuatro como 1860, 1864, 1868, 1872, 1876: se les llama bisiestos.

El año de Julio César tenía, sin embargo, un sobrante de 11 minu-

tos, 10 segundos, y al cabo de cierto número de años, la diferencia era apreciable: en el siglo xvi había 10 días de sobra.

El Papa Gregorio XIII dispuso que en 1582 se quitasen diez días, saltando del 4 al 15 de Octubre; del viérnes 4 al viérnes 15. El Pontífice ordenó también que, en lo futuro, se suprimieran tres días bisiestos en 400 años: los de 1700, 1800 y 1900 que debían serlo, no tienen más que 365 días; el año 2000 tendrá 366.

Los temporales más temibles para los marinos ocurren en los equinoccios de Marzo y de Setiembre, siendo más fuertes los del primero.

COSTUMBRES CHINAS.

FIESTA DE LA AGRICULTURA.

La primera de las profesiones se la del labrador, así como también la que proporciona á nuestra patria su mayor riqueza, y establece su importancia de un modo más sólido y duradero que las industrias y las artes, que otros pueblos pueden apropiarse; pero nuestro suelo, surcado por el arado, cubierto de ganados, es un manantial inagotable de riquezas que nadie nos podría arrebatarse. Si la po-

blacion aumenta, al labrador le corresponde la gloria; si el pueblo tiene mayores comodidades, si su cabaña está mejor construida, sus muebles son más cómodos y su mesa está mejor provista, á la constancia del labrador se debe. ¡Honremos su vida de trabajo y de abnegacion!

En los primeros dias de Marzo elige á varios señores de la principal nobleza el Emperador de la China, y les envia al salon de sus antepasados, para que se prosternen ante sus retratos, ofreciéndoles que al dia siguiente ofrece el sacrificio de la primavera.

Reúnense cincuenta ancianos venerables, labradores de profesion, que deben hallarse presentes cuando el Emperador abra la tierra, y otros tantos labradores jóvenes para que preparen el arado, unzan los bueyes y preparen las cinco clases de granos que el Emperador debe sembrar.

El soberano se traslada al dia siguiente con gran pompa al campo destinado á la ceremonia. Los príncipes de su familia, los presidentes de los cinco grandes tribunales y un número infinito de mandarines de todas clases le acompañan. A ambos lados del campo forman los oficiales y los

guardias del Emperador; el tercero se reserva á todos los labradores que acuden á ver honrada su profesion, y el cuarto lo ocupan los mandarines.

El Emperador entra solo en el campo, se arrodilla y toca nueve veces la tierra con la frente para adorar á Chang-Ti, es decir, el Dios del cielo, y pronuncia en voz alta una oracion que uno de los jueces ha compuesto. Enseguida, en su calidad de soberano pontífice, inmola un buey que ofrece para obtener del cielo el aumento y conservacion de los bienes de la tierra. En tanto que la víctima es colocada sobre una hoguera que debe consumirla, el príncipe guia un arado que conducen dos bueyes engalanados magníficamente, siempre cinco clases de grano que han conducido los señores de su corte en magníficos cofres, y la ceremonia termina con la distribucion de dinero á los cien labradores convocados al efecto, y si alguno ha cultivado 80 fanegas de tierras incultas, es nombrado mandarin de octava clase.

Esta misma ceremonia se repite el mismo dia en todas las provincias del imperio por los vireyes asistidos por todos los demas magistrados.

LOS DOS HERMANOS.

(CUENTO.)

El tío Jerónimo tenía dos hijos de muy diferente carácter : el mayor era tranquilo, metódico, dócil y obediente á los mandatos de su maestro : el más jóven era caprichoso, turbulento y poco amigo de recibir consejos. Perdió el tiempo en la escuela y nada aprendió.

Ambos fueron colocados de aprendices en casa de un ebanista, y Cárlos, el mayor, estuvo pronto en disposicion de ganar un jornal y ayudar á los gastos de la casa. Víctor, el menor, se fastidió muy pronto, por el contrario, de las heramientas, y seducido por un compañero, abandonó la aldea y se marchó á buscar fortuna. No le detuvo pensar el disgusto que iba á causar á su familia, con tal de satisfacer sus pasiones ; pero cuando perdió de vista el campanario del pueblo no pudo ménos de derramar algunas lágrimas, porque Víctor no era insensible aunque estuviera extraviado.

Pocos días despues, llegaba á Madrid, donde su buen aspecto y su viveza le hicieron encontrar muy pronto acomodo en una casa rica, donde entró como lacayo.

Aquella vida ociosa llenaba sus aspiraciones, y áun cuando tenía un buen salario, nunca pudo ahorrar la cantidad más pequeña ; por el contrario, tenía deudas. Verdad es que en esto imitaba al señorito de la casa, y que, sin duda, acallaba la conciencia diciendo que el lacayo de un hombre rico, debia tener el mismo desarreglo que su amo. Éste, que era un mala cabeza y que habia comprometido y perdido al juego todos los bienes de su madre, nombró á Víctor su ayuda de cámara, y nuestro jóven pudo entónces familiarizarse con todos los vicios de su amo. Así corrieron sus mejores años ; el tiempo precisamente en que todos los hombres dignos deben emplear en preparar su porvenir para no tener una vejez dolorosa y miserable.

La fortuna parecia, no obstante, sonreir á Víctor : un dia ganó al juego una suma considerable, con la cual podia ir viviendo modestamente. Entónces, viéndose jóven, acarició un instante la idea de instruirse y poder aspirar á cualquier empleo honroso que le asegurase la propia estimacion y la ajena ; pero Víctor tenía la passion del juego, implacable enemigo que destruye el corazon que la

abriga. Víctor siguió jugando y siguió también ganando. Pensó en el matrimonio y su posición le hizo obtener la mano de una joven bien educada y bastante rica. Si hubiera tenido reflexión habría podido vivir tranquilamente, satisfecho con su suerte y sin tratar de aumentar su riqueza; pero una fortuna adquirida sin trabajo no es nunca sólida, y una vez lanzado el hombre al azar, llega á ser su esclavo. La suerte, favorable tanto tiempo, empezó á serle adversa: Víctor perdió cuanto había ganado con rapidez increíble; perdió la dote de su esposa y la fortuna de su suegro, que murió del pesar.

Todo había desaparecido.

Pero Víctor tenía tres hijos, que le sujetaban á la vida. ¿Qué sería de él y de ellos? ¿Volvería á servir de lacayo? Su esposa hubiera muerto de vergüenza. ¡Y él nada sabía hacer! ¡Cuánto lamentó entonces el tiempo perdido! La desesperación se apoderó de su alma, y dudando de todo, hubiera acaso aumentado sus faltas con algun nuevo crimen, cuando recibió una carta de su hermano.

Cárlos no había salido de su aldea. El tío Jerónimo acababa de morir, y el hermano mayor llama-

ba á Víctor para el reparto de la herencia, insistiendo en que fuese al pueblo con toda su familia. Víctor lloró por su padre, tanto tiempo abandonado por él; pero la idea de la herencia, que podía hacer menos aflictiva su situación, le consoló en parte. Tal es el efecto de una mala conducta: los más tiernos y nobles sentimientos se agotan, y el egoísmo se apodera del alma!

Victor, sin embargo, sentía cierto reparo por tener que presentarse ante su hermano, de quien no se había acordado en la prosperidad, y al llegar á su pueblo natal sintió que su emoción aumentaba. Dirigióse á la casuca de su padre, que no le fué posible encontrar, pues sobre el terreno que había ocupado se alzaba una linda vivienda, rodeada de un jardín. Una muestra le indica, no obstante, que no está equivocado; en ella se lee el nombre de su hermano, y por las ventanas se ve un taller de ebanistería. Llama á la puerta y sale á abrirle una niña de pocos años, á quien reconoce en sus facciones que es hija de su hermano. La abraza Víctor conmovido preguntándole por su padre, pero Cárlos no la deja tiempo de contestar: ha escuchado la voz de su herma-

no y se apresura á salirle al encuentro y estrecharle en sus brazos.

Largo tiempo permanecieron abrazados sin articular una sola palabra. Entre tanto la niña llamaba á voces á su madre, anunciándole la visita, y la mujer de Carlos, hermosa aldeana y excelente madre de familia, acudía llevando en brazos á un niño de pecho, y de la mano á otro mayorcito.

Pronto no formaron aquellas dos familias más que una. Víctor se había salvado.

Su hermano, á fuerza de ahorro, trabajo y método, había llegado á ser uno de los vecinos más ricos, y vivía completamente feliz.

—Tus ganancias son, sin embargo, muy pequeñas, le decía Víctor: aquí no puedes acometer trabajos de importancia.

—¡Dios me libre! contestaba Carlos: no arriesgando nada tampoco puedo perder nada, y mis pequeños ahorros acumulados me proporcionan el bienestar. Yo no me olvido nunca, hermano mío, de un libro de máximas que leíamos en la escuela: *Guardad todos los días parte de vuestra ganancia, aunque sólo sea un cuarto*. Si quieres imitarme todavía estás á tiempo: yo te enseñaré el oficio y

pronto estarás en disposición de ganar un buen jornal. Desde el primer día en que cobres debes guardar una parte del jornal, y ántes de diez años serás rico como yo.

Víctor había sido aleccionado por la experiencia y aprovechó la lección, siguiendo el consejo de Carlos. Su esposa, que era buena, se acostumbró pronto á la tranquilidad de su nueva existencia, y las dos familias, tan trabajadoras como económicas, alcanzaron la general estimación y llegaron á ser citadas como modelo en todo el país.

LA IMÁGEN DE LA VIDA.

Un dervich, que por las Indias Errante y sólo viajaba,
Entróse en el régio albergue
Del señor de una comarca.
Puso su báculo en tierra,
Sacó su comida escasa,
Y á poco, de aquel palacio
Le dijo uno de los guardas:
—¿Sabe dónde está?

—Sin duda.

Me encuentro en una posada.
—O equivocado venís,
Ó es mucha vuestra arrogancia.
Salid pronto.

—Perdonadme,

No puedo emprender la marcha,
Porque á mi cansado cuerpo
Salud y fuerzas le faltan.

El señor de aquel recinto
Oyendo en esto la plática,
Infórmase, baja al punto,
Y con orgullosa calma
Al peregrino le dice :

—Esta es mi régia morada,
—Lo creo, y ántes de vos,
Decidme, ¿quién la ocupaba?
—Mi padre.

—¿Y ántes?

—Mi abuelo.

—¿Un poco ántes?

—Cosa es clara.

Mi bisabuelo.

—Y despues

De vos, ¿quien ha de habitarla?

—Mis hijos, mis nietos, cuantos
Hereden mi noble raza.

—¿Con qué frecuencia el palacio
De dueño y de huésped cambia!
¿Y luégo negais, señor,
Que me hallo en una posada?

Rafael Tejada y Alonso Martinez.

HERENCIA DE HONOR.

1860-1874.

—¡Brígida! me parece que han
llamado..... Corre á ver si tenemos
carta: es la hora en que el cartero
suele venir.

Brígida cesó lentamente de ha-
cer calceta, dejó caer el ovillo al
levantarse y salió de la habitacion
con la mayor lentitud.

Amelia, niña de 14 años, vesti-
da de alivio de luto, en memoria
de la muerte de su madre, de ru-
bios cabellos y con los ojos car-
gados de llorar, hubiera preferido
ir en persona á abrir la puerta;
pero Brígida, antigua ama de go-
bierno en la casa se lo habia pro-
hibido, y su voluntad era respec-
ta como ley desde que el padre
de Amelia, comandante de ejérci-
to, habia marchado á la guerra de
África. Tambien habia ido con él,
en concepto de asistente, Pablo,
hijo de la vieja Brígida y que para
no separarse del comandante, se
habia reenganchado indefinida-
mente en el servicio militar.

En los dias anteriores á la épo-
ca en que pasa nuestra historia, se
habian verificado algunos san-
grientos combates, y la inquietud
de Amelia era muy natural. No
pudiendo al fin dominarse, salió
al encuentro de Brígida, y poco
despues ambas mujeres se abraza-
ban llorando y abrian el sobre de
una carta, del cual caía una cinta
roja y dos papeles.

—¡De mi padre! exclamaba
Amelia desdoblando un papel.

— ¡De Pablo! decía Brígida á su vez, desdoblando otro.

Y la niña leía entre sollozos:

«Amelia: Estoy mortalmente herido... Ánimo, hija mía: te mando la cinta de mi cruz de San Fernando, única herencia de que puedo disponer. *Honra y patria*, tal ha sido siempre la norma de mi conducta. Imitala, y recibe mi bendición.»

El soldado Pablo, escribía:

«Querida madre: Consuele usted á la señorita Amelia..... Nuestro comandante acaba de espirar. Si no fuera por V. hubiera preferido recibir un balazo á tener que enterrar á mi comandante en esta tierra de moros. Pero ha muerto como un valiente, y todos los de su batallón le han llorado..... ¡Todos, no! ¡Casi una cuarta parte habian muerto ántes en el ataque de una trinchera!»

Amelia apenas respiraba..... y Brígida casi se avergonzaba de su alegría. Ella, tan preparada siempre al dolor, habia sido respetada por la desgracia, mientras que la pobre niña quedaba sola en el mundo, sin parientes, sin amigos, sin fortuna, sin una pensión que la pusiera al abrigo de la miseria porque el comandante habia con-

traído su matrimonio siendo alférez.

La anciana colmó de caricias á la huérfana; pero ésta no conoció al principio más que su desesperación..... Su tierno y amante padre no volvería ya..... pero sus últimas palabras contenían un consejo que la niña no olvidó. *¡Honra y patria!* «Las mujeres, como decía mi madre, debemos imitar la conducta de nuestros padres..... Nuestro valor no se prueba en los campos de batalla, sino en las penas del corazón.»

Pasados los primeros momentos de dolor, fué preciso pensar en los medios de subsistir, y Amelia tuvo que resignarse á ejecutar algunas labores propias de su sexo; pero todo lo llevaba con paciencia, y cuando terminada su labor se acostaba en su pobre lecho, la huérfana besaba la cinta de la orden de San Fernando, preciosa herencia de su padre.

Terminada la guerra volvió Pablo á Madrid, y se arrodilló en silencio delante de la hija de su comandante: ésta le abrazó llorando, y el dolor, más elocuente que todas las palabras, llenó aquella triste escena.

El pobre soldado confiaba en que algunos de sus jefes pudieran lo-

grar para la huérfana alguna pensión; pero, cuando después de hablar á muchos, se persuadió de lo inútiles que eran sus esfuerzos, abandonó para siempre la profesión militar y se consagró á un oficio mecánico para contribuir al sosten de su madre y de la huérfana.

Amelia llenaba en silencio todos los deberes de su posición: respeto á sus leales servidores, culto filial á la memoria de sus padres, trabajo, valor y modestia. En la veía prosternada ante sus altares, y los ángeles llamaban á sí á la purísima criatura; pero los desgraciados de la tierra la retenían en ella, porque la buena Amelia amaba á los pobres, y á falta de riquezas les distribuía generosamente la piedad fraternal, el cariño, que es la limosna de los pobres!

Dichosos niños que estáis leyendo esta verdadera historia; acaso esperáis que para hacerla más interesante á vuestros ojos os pintaré á la huérfana triunfando de todos los obstáculos que la oponía la desgracia; acaso esperáis que algún suceso maravilloso haga dichosa la existencia de Amelia..... pero os equivocáis. Amelia había crecido consagrada al trabajo y dedicando á Brígida y al veterano

Pablo todo género de cuidados; pero su noble carácter, sus raras virtudes pasaron desapercibidas para el mundo.

Un día, llamando aparte á Pablo, le recomendó que siguiera siempre dedicando su filial ternura á la pobre vieja, y salió de la casa, para no volver á ella. . . .

En un santo hospital, cuyos lechos son escasos para el número de heridos que los reclaman, una hermana de la caridad, jóven y hermosa, parece multiplicarse para aliviar los sufrimientos de los pobres soldados, heridos en fratricida lucha.

A lo léjos se escucha el ronco estampido de cañones; pero ella no escucha más que los lamentos de los que sufren.

Á lo léjos batallan las pasiones y la ambición; pero ella nada sabe, nada inquiere: sus únicos móviles son la virtud, la abnegación, la caridad.

Sobre su blanca túnica puede verse la cinta roja de la orden militar de San Fernando.

Amelia ha logrado ser feliz.

LOS RELOJES.

¡Un relój!

¡Quién de vosotros no habrá deseado poseerlo!

Seguramente en todos vosotros ha existido ese deseo; seguramente no habrá entre vosotros uno solo que á su buen papá no haya pedido la compra de uno de esos bellos objetos, de esas lindas máquinas.

Hoy deseais poseerlo; pero ántes....

¿No os acordais?

Sí; cuando erais muy pequeñitos y vuestros papás os sentaban en sus rodillas, oiais el ruidito del relój y queriais ver al gusanillo, al pequeño animal que lo ocasionaba.

Entónces creiais, inocentes, que el relój tenía dentro algun pequeño sér viviente; hoy ya es otra cosa; hoy sabeis que sólo el movimiento de la máquina causa el ruido.

Puedo, pues, haceros ver al animalito causa del estrépito del relój, y puedo tambien haceros la historia de esa pequeña máquina; que si pequeña llamo, puede ser grande, muy grande, aunque sólo sea para los relojes públicos, encargados de anunciar la hora á los habitantes todos de una ciudad, si ésta no es tan populosa como alguna de las grandes metrópolis que existen en

las diversas naciones de la tierra.

Empiezo ya la historia del relój. Este es muy antiguo; tanto, que en los 1873 años de nuestra era, lo han conocido. No era, sin embargo, en la antigüedad lo que es hoy; ántes los relojes eran de agua, de sol ó arena.

Son más antiguos los primeros, que llegaron á tener su esfera con sus dos agujas, que se movian por medio de dos ruedas puestas en movimiento por el agua.

—¿Cómo se llamaban estos relojes? me preguntais.

—Clepsidras, niños queridos; éste era su nombre.

Los otros, los relojes de arena y sol son conocidos de vosotros: en uso hoy, podeis verlos por doquiera. El primero está formado por dos receptáculos de cristal unidos por un cuello muy angosto que da paso de uno á otro á la arena en uno de ellos contenida.

Si se conoce cuánto tiempo esta arena tarda en pasar de uno á otro receptáculo, puede medirse fácilmente el tiempo.

—¿Y el de sol?

—Sois impacientes y me interrumpís: ahora, por fortuna, lo habeis hecho cuando precisamente iba á empezar á hablar sobre vuestra pregunta.

Voy, pues, á satisfacerla.

En el relój de sol marca la hora la sombra de una barilla que se proyecta sobre una superficie plana. El instrumento no puede ser, pues, más sencillo, aunque tenga una gran dificultad.

¿Cuál será?

Quisiera dejároslo adivinar; pero temo que no vengais á conseguirlo.

—¿Serán inexactos?

—Esto me decís, pero no es ciertamente: no hay en ellos inexactitud si están bien contruidos.

Y no quiero que penseis mucho inútilmente: la gran dificultad de los relojes solares es, que no marcan la hora más que cuando el sol nos alumbra. Para nada sirven durante la noche; para nada los dias nublados.

Debo seguir la historia comenzada, si he de manifestaros los diversos progresos efectuados en la relojería.

Después de los que conocéis, llega el turno á los relojes *de pesas*, que así se llaman vulgarmente. Su nombre indica cuál es la fuerza que les sirve de motor: un peso.

Estos, como los anteriores, no marcan sino la infancia del arte relojero, pues hasta Galileo que descubrió el péndulo, no hay verdadera exactitud y uniformidad en los movimientos de los relojes.

Galileo que pudo ver las oscilaciones de una lámpara en la catedral de Pisa, comprendió por ello la igualdad que existía en ellas, y aunque el péndulo nació de aquella idea, tardó aún cuarenta años en ser aplicado á los relojes.

Y no fué Galileo quien lo aplicó, pues habiendo manifestado el pensamiento, fué llevado á cabo por Henygeus, que también descubrió el muelle espiral que, gracias á la fuerza que produce al dilatarse, pudo servir, y sirve aún, como motor, habiendo reemplazado á las pesas que exclusivamente fueron usadas antes de esa época.

Con el muelle espiral nacen los relojes de bolsillo, pues con él pudieron hacerse pequeños, y, por lo tanto, capaces de ser llevados sin incomodidad.

Y creeréis, niños amados, que con esto termina la historia que en este artículo he venido á contaros, mas no es así, pues aún resta materia bastante sobre qué tratar.

Lo primero es describiros un objeto nombrado el péndulo.

¿Qué es un péndulo?

Pregunta es esta á que contestar sabriais si hubieseis estudiado la importante ciencia que llamamos física, y que estudia las leyes del péndulo y todo lo que en él

hay de importancia. Yo, por si no lo sabeis, os haré su explicacion.

Hay dos clases de péndulos: el simple y el compuesto. El primero no existe en realidad; al segundo lo constituye todo cuerpo que puede oscilar alrededor de un punto ó de un eje fijo.

Generalmente consiste en un cuerpo metálico en forma de lenteja ó de esfera, suspendido de una barilla móvil alrededor de un eje que debe tener una posicion horizontal.

Como las oscilaciones de un péndulo duran siempre un mismo tiempo, permite esta circunstancia que sea este aparato un perfecto regulador para relojes.

Vosotros habréis visto muchos relojes con péndulos, pues si recordais, basta ver el movimiento á derecha é izquierda que le distingue para reconocerlo.

Dejo esto para deciros que los relojes de repeticion y los cronómetros, se conocieron respectivamente en los siglos XVII y XVIII.

Y puesto que ya sabeis que el péndulo ó péndola, pues así se llama en los relojes, sirve para regularizar la marcha de los aparatos que le llevan, debo deciros que no todos los relojes le tienen, y que por regla general carecen de

él los que se llaman *de bolsillo*.

Construidos éstos para estar en movilidad más ó ménos constante, no podrian llevar un péndulo que se veria inutilizado en su accion, en cuanto perdiese la posicion vertical que necesita para oscilar; por esto los relojes de bolsillo tienen un regulador que se llama volante, y es una rueda que viene á hacer en ellos el papel del péndulo.

—¿Y qué motor tienen? me diréis.

—Es justa vuestra pregunta, y por ello merece pronta respuesta. Para dejaros complacidos os diré que los relojes de bolsillo tienen por motor un muelle, que no es otra cosa que una laminita de acero larga y delgada, que está arrollada en espiral y que al desarrollarse ó cobrar cuando ménos una posicion ménos tirante, produce la fuerza que anima á la máquina.

Con esto conocéis algunas particularidades de esas preciosas máquinas que marcan al hombre las horas de su existencia, y desisto de seguir en esta materia, porque completamente árida para vosotros no podriais ponerlos al corriente de lo que pertenece exclusivamente á la mecánica.

E. THUILLIER.

LA ZARZA ARDIENDO.

En el monte de Horeb sus ovejuclas
Moisés apacentaba,
Cuando el Señor se apareció á sus ojos
En medio de una zarza.
Llamas de fuego la cercaban toda
Sin que ella se quemára:
Acercóse Moisés, viendo el prodigio,
Y habló el Señor y dijo estas palabras:
— ¡Moisés! ¡Moisés! — Señor, aquí me tienes.
— No te acerques así: tus piés descalza,
Porque la tierra del lugar que pisas
Debe ser para tí siempre sagrada.
Yo soy el Dios de toda tu ascendencia,
Pronto á secar las lágrimas
De mi pueblo, que sufre en el Egipto
La horrible crüeldad con que le tratan.
He descendido á él, para llevarle
A otra tierra en que reina la abundancia,
Donde la dulce miel nunca se agota,
Y no le faltará la leche blanca.
Los hijos de Israel se verán libres,
Saldrán de Egipto y cesarán sus ansias:
Habla tú á Faraon.—
Y Moisés dijo:
— ¿Quién soy, Señor, para mision tan alta? —
Mas Dios repuso: — Yo estaré contigo,
Y cuando cumplas mi órden soberana,
Y del Egipto saques á mi pueblo,
Sacrifica á tu Dios junto á esta zarza.
— Yo iré á los de Israel; mas si preguntan
Quién á verlos me manda,
¿Qué puedo responder?

Y Dios le dice :

— *Yo soy quien soy* : medita mis palabras

Y diles que *Quien es* te dió la órden

Que sus hierros quebranta.

Di que el Dios de sus padres lo dispuso,

Congrega á los ancianos de tu raza ,

Refiere lo que has visto y mis promesas,

Y cuando el Faraon lleve su audacia

A querer deteneros , con mi mano

Les mandaré maravillosas plagas

Hasta que, libres del poder que hoy sufren,

Los hombres de Israel de Egipto salgan. —

Respondiendo Moisés : — Señor, repuso,

Incrédulos serán á mis palabras :

Negarán que el Señor lo haya querido.

— ¿Qué tienes en las manos?

— Una vara.

— Arrójala á la tierra. — Obedecióle

Silencioso Moisés, y sin tardanza

Convertida en serpiente, temblar le hizo

En el fondo del alma.

— Extiende ahora tu mano.

Y nuevamente

El dañino animal tornóse en vara.

Y aumentando prodigios tras prodigios

Desde la ardiente zarza,

Que envuelta en llamas, nunca consumida,

El divino poder claro mostraba,

El Señor demostró que de su pueblo

Secar queria las continuas lágrimas,

Y hacer que terminase el cautiverio

En que gimiera la cautiva raza.

M. OSSORIO Y BERNARD.

LA CORTE DE LA MUERTE.

La Muerte, rey de los terrores, determinó escoger un presidente del consejo, y sus pálidos cortesanos, fantasmagórica comitiva de enfermedades, fueron citados para asistir á tan solemne acto; para que cada cual hiciera valer su pretension ó mejor derecho para desempeñar tan ilustre empleo.

La Fiebre mostró con empeño los centenares que destruía; la fria Parálisis puso en evidencia sus pretensiones, haciendo temblar todos sus miembros, y la Hidropesía mostrando su enorme cuerpo cada- vérico. La Gota llegó con su cojera, y alegó su gran poder en atormentar todas las articulaciones, y la incapacidad del Asma para hablar, fué un fuerte aunque silencioso argumento, en favor de su derecho. La Piedra y el Cólico abogaron ó sostuvieron su violencia. La Epidemia, su rápido progreso en la destruccion, y la Tisis, aunque lenta, insistió que era segura. En medio de esta contienda, la córte se vió turbada con el ruido de música, danzas, festines y francachelas ruidosas, é inmediatamente entró una mujer de atrevido y lascivo aspecto y de un

rostro sonrosado y jovial: la seguian, por un lado, una comparsa de cocineros y bacantes, y por el otro, una comitiva de impúdicos jóvenes de ambos sexos, que bailaban alegremente al compás de los instrumentos músicos: su nombre era *Intemperancia*. Movi6 su mano reclamando silencio, y se dirigió á la turba de enfermedades, diciendo de esta manera: «Dadme lugar, enfermiza turba de pretendientes: no oseis luchar con mis superiores méritos en el servicio de este gran monarca. ¿No soy yo vuestra madre? ¿No procede de mí vuestro poder de acortar la vida humana? ¿Quién es entonces más á propósito que yo para este importante empleo?»

El horrible monarca puso un gesto risueño de aprobacion, la colocó á su derecha, y ella inmediatamente empezó á funcionar como su favorito y principal ministro.

DODSLEY.

EL GATO.

¿Quién de vosotros, queridos niños, no tendrá un su casa un gatito? ¿Quién de vosotros habrá dejado de observar el maravilloso instinto de dichos animalitos?

¿Quién de vosotros no habrá lei-

do en los autores de fábulas las cien y cien estratagemas de que se valen, para proveer á sus necesidades y satisfacer sus apetitos? No hay efectivamente animal más observador, más cachazudo y mejor calculador de sus acciones, que el gato. Para saber apreciarle es necesario verle espiando á un pajarillo, encogiéndose y mirando á todas partes para no ser sorprendido; con las orejas inquietas, abiertos desmedidamente los ojos y mayando algunas veces con tanta precaucion, que parece querer engañar al pájaro. Despues, cuando todas sus disposiciones están bien tomadas y sus cálculos y reflexiones no pueden fallar, se lanza con la rapidez del rayo y cae sobre su presa, que casi nunca puede escapar. Sólo cuando no se ha visto semejante escena, puede dudarse de su razonamiento, de su astucia y habilidad.

Otra escena en que se observa la inteligencia del gato, es la leccion en que la madre enseña al gatillo á cazar ratones. El que siga los movimientos de la gata en dicho ejercicio, no podrá dudar nunca de que sacará un excelente discípulo.

La frente del gato es ancha y prominente; contiene un cerebro

bien desarrollado; la finura de sus sentidos, su sensibilidad, todo en él lleva el sello del instinto, la prudencia y la reflexion.

Con frecuencia se ha acusado al corazon de los gatos, pero las acusaciones deben proceder de los que sólo los han visto en los tejados ó en la hora de comer. El gato tiene demasiado instinto para no tener corazon. Muchas campesinas refieren que sus gatos las siguen á sus faenas agrícolas y se dedican á la caza, por su cuenta, mientras sus dueñas trabajan. Una señora, amiga mía, tenía un gato, llamado Minino, de un carácter independiente y algo ligero: todas las noches acostumbraba á pasear por el tejado, y cuando se cansaba de hacerlo y queria volver á la habitacion, se agarraba al cordon de la campanilla hasta que le abrian la puerta. Su ama le regañaba por sus ausencias; pero Minino la miraba cariñosamente, y despues, se marchaba á una silla, donde se dormía con la tranquilidad del justo.

Un autor frances refiere, que en una casa se acostumbraba á colocar la carne en un armario, en cuya cerradura quedaba puesta la llave. Dos gatos de la habitacion conseguian hacer presa en el man-

jar, subiéndose el uno sobre el otro y recorriendo la llave; pero antes de verificar el rapto tomaban todo género de precauciones para no ser sorprendidos.

Champfleury, en un libro que ha escrito sobre los gatos, nos ofrece un ejemplo de la sagacidad del animal.

«Después de almorzar,—dice,—tenía yo por costumbre tirar una miga de pan lo más lejos posible á una habitación inmediata, para que el gato, que era muy aficionado al pan, la comiese, después de haberla hecho rodar. Aunque antes hubiera comido carne, siempre esperaba la hora del pan, que era para él una diversion y un postre excelente. Un día le enseñé la miga, que el gato miraba con codicia, y en vez de arrojarla á la habitación de siempre, la tiré á lo alto de un cuadro, separado de la pared por una ligera inclinacion. Su sorpresa fué extraordinaria: siguiendo mis movimientos habia espiado la direccion del pan y visto su desaparicion. La mirada inquieta del animal parecia indicar su convencimiento de que un objeto no podia aniquilarse en el aire. Durante algun tiempo pareció reflexionar, y después fué al cuarto inmediato, diciendo sin

duda para sí: La desaparicion del pan sólo se explica habiendo atravesado la pared. Al poco rato, volvió confuso: el pan no habia penetrado la pared. La lógica del animal le habia engañado. Entonces llamé nuevamente su atencion y una nueva miga fué á reunirse detras del cuadro con la anterior. Esta vez el gato se subió al sofá y fué derecho al escondite: inspeccionó á derecha é izquierda y supo componérselas de tal modo, que separó de la pared con la mano la parte inferior del cuadro, pudiendo entonces apoderarse de ambos pedazos. ¿No es esto, dice con razon Champfleury, sagacidad, observacion y razonamiento?»

M. Papalet, un verdadero amigo de los animales, refiere la historia de un gato, que todas las noches cerraba las ventanas de la habitación en que dormia, y que, cuando queria entrar en ella, hacia girar la llave y levantaba el picaporte, hasta que la puerta cedía.

EL ÚLTIMO PENSAMIENTO.

¿Para quién del moribundo
Será el último lamento?

¿Para quién su pensamiento
Al despedirse del mundo?

Yo creo que al terminar
 De nuestra vida el camino,
 Su pensamiento el marino
 Da al buque que fué su hogar.
 Un pobre ciego, á la luz
 Hermosa, que ver desea;
 Un filósofo á una idea;
 Un reo á una santa cruz;
 Un monje á su celda oscura;
 Un triste á la religion;
 Un jóven á una ilusion;
 Y un loco á la sepultura.
 Yo, madre, que paso á paso
 Con el alma dolorida
 Siento que mi pobre vida
 Va muy cerca de su ocaso,
 Cuando el mundo á que nací
 Por otro deje contento,
 El último pensamiento
 Será, madre, para tí.

R. TEJADA Y ALONSO MARTINEZ.

CUENTOS DE SCHMID.

LXVI.

EL CARAMILLO DEL PASTOR.

Cierto rey tenía un tesorero que desde la condicion de pastor se habia ido elevando por su talento y buenas cualidades hasta aquel puesto eminente. Enemigos envidiosos de su alta prosperidad le acusaron ante el monarca de que habia empleado en su provecho los tesoros

de la corona; y aún añadieron que los tenía encerrados en una cueva particular cerrada con una puerta de hierro.

Queriendo el rey averiguar la verdad del hecho, fué á visitar su tesoro y se hizo enseñar todas las piezas de la dependencia, y habiendo descubierto la puerta de hierro, la mandó abrir.

¡Cuál fué su sorpresa al entrar en aquel lugar! No descubrió más que las cuatro paredes y por todo mueblaje una mesa rústica y una silla de paja. Sobre la mesa se encontraba un caramillo, un cayado y una alforja de pastor. La ventana tenía vistas sobre prados verdes y frondosas montañas.

— Durante mi juventud, dijo entonces el tesorero, guardaba ovejas; vos, rey mio, me trajisteis á vuestra corte. Desde mi elevacion he pasado diariamente una hora en esta cueva; venía á recordar aquí los dulces placeres de mi primera condicion, y repetia en mi caramillo las canciones que en otro tiempo cantaba miéntras guardaba pacíficamente mi rebaño. ¡Ah, señor! permitidme volver á los llanos de mi patria; allí tendré una vida más feliz que en medio de toda la pompa y vanidad de las cortes.

Irritóse muchísimo el rey contra los viles cortesanos que habian acusado á aquel hombre de bien y le abrazó, suplicándole no se separase de él.

ADVERTENCIA.

Hemos retrasado la publicacion de este número, esperando el figurin, que al cabo no ha llegado, ni tenemos noticia ninguna de cuándo llegará.

Sin perjuicio de indemnizar en los meses sucesivos á nuestros amables suscritores, los repartimos hoy, en equivalencia del figurin, el libro *AGENDA DE LOS NIÑOS* á los de Madrid, y á los de provincia el *TEATRO INFANTIL*.

LA PRIMERA EDAD PERIÓDICO PARA LAS NIÑAS.

Continúa este año esta bonita é instructiva publicacion mensual, con grabados de modas y preciosos cuentos, historietas, fábulas y otros originales de útil enseñanza.

La suscripcion sólo cuesta 22 rs. por año.

El tomo del año 1873 de *LA PRIMERA EDAD* consta de 12 números de 32 páginas cada uno, con más de cien grabados y doce preciosos figurines iluminados. Cuesta este volúmen, que es el mejor regalo que puede hacerse á una niña, sólo **5 pesetas**.

MUJERES DEL EVANGELIO

POR LARMIG.

Se ha hecho una nueva edicion de este precioso libro, uno de los más notables de su género, aumentada con el bellissimo canto *La hija de Jáiro*, y con aprobacion y recomendacion de la censura eclesiástica.

Esta obra la deben leer nuestros queridos suscritores, y estamos seguros de que hallarán en sus páginas el más dulce atractivo.

Este libro se vende en la Administracion de *Los Niños* á cuatro reales, y cinco para provincias.

Lo recomendamos vivamente á los suscritores de *Los Niños*.

MADRID, 1873.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de ARIBAU y C.^{as},
sucesores de RIVADENEYRA.—Calle del Duque de Osuna, núm. 3.